

tino congrega á los Obispos de Italia, y puesto á su cabeza anatematiza la naciente herejía y á su autor.

Esto no basta: convócase un Concilio general en Efeso: concurren á él los jefes de las iglesias de todas partes, y allí, en aquella famosa basílica que llevaba ya el nombre de Santa María, doscientos Obispos presididos por los Legados de la Santa Sede, representando la catolicidad entera, invocando la doctrina de todos sus predecesores, desde los Apóstoles, pronuncian el anatema y la sentencia de deposición contra el audaz novador que se atreve á atentar contra la gloria de la Madre de Dios. La asamblea no se separa sinó después de bien avanzada la noche. Pero ¡oh cielo, oh viva fe de los primeros tiempos! Todo el pueblo estaba velando á las puertas de la basílica aguardando un fallo que le parecía deber decidir de toda la religión. (*Epist. Cyr. Concil.* t. 3, col. 574). Apenas queda proclamada la victoria de María, cuando la ciudad retumba con aplausos y cánticos de alegría; los Padres del Concilio son conducidos á su casa en triunfo; se queman perfumes á su tránsito; fuegos é innumerables antorchas encendidas testifican la alegría universal, y dan á esta memorable noche el resplandor de un hermoso día. ¡Que añadiré en fin! El anatema fulminado contra Nestorio fué repetido inmediatamente por todas las iglesias de la cristiandad, como lo ha sido después por todos los siglos; levantáronse magníficos templos bajo la advocación de la divina Madre; las numerosas fiestas que ya se celebraban en su honor, se multiplicaron todavía; y la piedad hacia ella vino á convertirse en señal distintiva con la que se reconoció á los verdaderos fieles. Tales son, H. M., los ejemplos de la santa y venerable antigüedad. Pregunto ahora si el culto que tributamos á María es una devoción nueva y pueril.

Ojalá, para haceros comprender mejor la excelencia de este culto, pudiera citaros lo que han dicho los Padres más antiguos, aquellos hombres sabios y piadosos á quienes admira el paganismo, y ante los cuales las herejías palidecieron, y á quienes todo el catolicismo reverencia: los Ireneos, los Basilio, los Efrén, los Epifanios, los Agustinos, los Jerónimos, los Ambrosios! Pero ¿á qué insistir tanto en los testimonios y monumentos de los remotos siglos? ¿Acaso la Iglesia de nuestros días se halla menos asistida del Espíritu Santo, es menos infalible en su doctrina y en su culto que la de otros tiempos? O mejor, ¿no es siempre una sola y misma Iglesia, que se perpetúa con las edades y que es igualmente incapaz de error en todos los tiempos? ¿Quién puede ocultar hoy su celo por la gloria de María? Enumerad, si podéis, las oraciones y las súplicas que la dirige en todas las partes de su liturgia, las festividades que ha instituido en su honor, los templos y los altares que ha consagrado á su nombre en todos los ángulos de la tierra, las gracias y los favores que ella prodiga á los que se dedican especialmente á honrarla.

PUNTO SEGUNDO.

EL CULTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN ESTÁ FUNDADO EN LOS MOTIVOS RACIONALES MÁS GRAVES.

El primero de estos motivos es un motivo de *justicia*, tomado de la dignidad singular y de la elevación sin igual de María. Ya sé que propiamente hablando, nada hay grande fuera de Dios, y que á El solo pertenecen esencialmente el honor y la gloria: *Soli Deo honor et gloria.* (I TIM., I, 17). Pero complácese ese gran Dios en glorificar también á sus criaturas, hechas á su imagen; y quiere que se las reverencie en proporción que El las eleva, y las acerca por cualquier concepto hacia Sí mismo, comunicándolas alguna porción de su grandeza, de su santidad ó de su poder. De aquí el precepto de dar á cada uno el honor que le es debido: *Cui honorem, honorem.* (ROM., XIII, 7). De aquí los homenajes que tributamos á los Santos como amigos de Dios: *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus.* (Ps. CXXXVIII, 17), y á los ángeles como los ministros de sus voluntades, y sus embajadores cerca de nosotros: *Mittam angelum meum... observa eum* (EXOD. XXIII, 20, 21). Pues si tales son los derechos que adquieren simples criaturas por los títulos de amigos, de enviados, de representantes de Dios, ¿cuáles serán los derechos de una criatura privilegiada entre todas las demás, que por un favor inefable y único ha sido elegida para ser la Madre de ese mismo Dios; que ha concebido en su seno, y producido de su pura sangre un Dios-Hombre; que cuando niño le ha llevado en sus brazos, y amamantado con su leche; que ha dirigido y sostenido sus primeros pasos; que en virtud de la autoridad maternal ha podido mandarle y le ha visto obedecer como hijo respetuoso y sumiso? *Et erat subditus!* (LUC. II, 51). Confieso, H. M., que hay aquí maravillas que superan en mucho nuestra inteligencia; y que esas prodigiosas relaciones entre un niño Dios que obedece, y una madre mortal que manda, son para confundir todos los pensamientos del espíritu humano. Pero no es menos cierto que estas relaciones son una consecuencia necesaria de la Encarnación del Verbo, misterio fundamental del cristianismo; y que al revestirse de nuestra naturaleza en las entrañas de una Virgen, El que por su divinidad se halla infinitamente sobre toda naturaleza creada y sobre toda ley, se ha impuesto á sí mismo una obligación natural de honrar, como hombre y como hijo, á aquella de quien se ha dignado recibir la luz del día: *Honora matrem tuam* (EXOD. XX, 12); obligación que no podía dejar de llenar en toda su extensión, puesto que había venido para cumplir toda justicia y dar ejemplo de la más perfecta observancia de toda la ley: *Non veni solvere legem, sed adimplere* (MATTH., V, 17). Cuanto más asombrosa

é incomprensible á nuestra razón sea la elevación que resulta de estas circunstancias en favor de María, tanto más justo, nos dice esta misma razón, que es el que honremos á Aquella á quien el Hombre-Dios, nuestro modelo y nuestro maestro, se ha hecho un deber de rendir honor y hasta obediencia. *Erat subditus*. Añádase, que siendo eternas é indisolubles esas sagradas relaciones, puesto que será eternamente verdadero que el Hijo de Dios es Hijo de María, la gloria con que la colma en cualidad de tal no es pasajera sinó eterna; y quiere que sea eternamente glorificada en el Cielo por sus Santos y sus Angeles. ¿Cómo, pues, la Iglesia militante y peregrinante de la tierra, que tiene todo su consuelo en repetir en su destierro los cánticos de la inmortal Sión, se negará en este solo punto, y cuando se trata de la Madre de su Esposo, á unir su voz á la de la Iglesia triunfante, su hermana, y á tomar parte en los conciertos de la patria bienaventurada? ¡Oh! Nó, H. M., el concierto es perfecto; el Cielo y la tierra se responden y cantan á porfía las alabanzas de Aquella que se halla unida con nudos tan estrechos al Salvador á quien adoran: *Filia... beatissimam predicaverunt... et reginæ... laudaverunt eam*. (CANT. VI, 8.)

Basta ya, M. A. H., sobre el primer motivo que nos obliga á honrar á María y que he llamado motivo de *justicia*; el segundo es un motivo de *amor*.

En la imposibilidad de exponer aquí detalladamente todos los títulos de la más perfecta, y por consiguiente de la más acreedora de todas las criaturas á nuestro amor, sólo hare mención de dos que deben mover particularmente nuestros corazones: ella es nuestra gran *Bienhechora*; ella es nuestra *verdadera Madre*. Para hablar en primer lugar de sus beneficios, ¿será bastante decir que son inmensos? ¿No es preciso confesar que en cierto sentido son infinitos? ¡Oh vosotros, que tenéis fe, escuchadme! ¿A quién somos deudores de todos los bienes sinó á nuestro divino Redentor, que viendo á la desgraciada posteridad de Adán decaída de todos sus derechos, envuelta en el crimen y en la desgracia de un padre culpable, condenado sin remedio á males eternos, vino á entregarse por nosotros á la justicia de un Dios irritado, y al tomar sobre sí nuestro castigo nos ha devuelto la vida, la esperanza y la salvación? Y este Redentor, á quien lo debemos todo después de Dios, ¿no es María quien nos lo ha dado? ¿Cómo, pues, no ha de ser cierto que con él nos ha dado ella todas las cosas? *Quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* (ROM. VIII., 32). Al concebirle en su seno, y al darle á luz al mundo, ella concibió la gracia, dió á luz la misericordia, derramó el torrente de las bendiciones divinas sobre la tierra. Sí, todo nos proviene de María, pues que todo proviene de Jesús. Esa sangre preciosa que corrió desde la Cruz en expiación de nuestros pecados, y que aún bebemos todos los días, como la bebida de inmortalidad en la copa de la salvación, esa sangre de la nueva y eterna alianza, ha tenido su origen en el corazón y en las venas de María. Esa carne adorable, desgarrada, inmolada por nosotros en el Calvario, y convertida en la Eucaristía, en el pan vivo de

nuestras almas, en germen de la futura resurrección de nuestros cuerpos, es una porción de la carne y de las entrañas de María. La unión inefable de la divinidad con nuestra débil naturaleza, por la cual Dios ha descendido hasta el hombre, y el hombre ha sido elevado hasta Dios, ha sido formada en el casto seno de María, convertido en santuario donde se ha obrado la recociliación del Cielo con la tierra. Digámoslo, pues, en alta voz, y que nuestro reconocimiento proclame una maravilla tan sorprendente: el beneficio que debemos á María, es el gran beneficio de Dios mismo, el misterio de la redención del género humano, del que ella ha sido, no ciego instrumento, sinó libre y voluntariamente cooperadora. Nosotros fuimos rescatados, fuimos salvados desde el momento en que aquella gloriosa Virgen, dando el consentimiento que Dios, los ángeles, el universo esperaban, pronunció aquellas humildes pero eficaces palabras; «Hágase como lo habéis dicho:» *Fiat mihi secundum verbum tuum*. (LUC. I., 38). Desde entónces tuvimos un libertador; el infierno fué vencido, y el Cielo quedó abierto á nuestras esperanzas; existió un Hombre-Dios, y todos los designios de una misericordia infinita pudieron cumplirse. Después de esto, yo pregunto: ¿qué han hecho en favor de nuestra salvación todas las demás criaturas reunidas, que pueda entrar en comparación con lo que ha hecho María? Los profetas anunciaron al Salvador, los ángeles celebraron su nacimiento; el santo Precursor lo mostró al mundo; los Apóstoles y los Evangelistas lo han dado á conocer á todos los pueblos: los ministros de la Iglesia de todos los siglos nos predicán su palabra, y nos dispensan sus sacramentos y sus misterios. Pero María ha producido de su propia sustancia al Salvador mismo; lo ha alimentado y criado con cuidados y solicitud que no pueden expresarse, para ser nuestra víctima; y obrando con el amor del Padre hacia los hombres, no ha economizado á su Hijo único, y ha consentido en su muerte que era necesaria para nosotros; y muda al pié de la Cruz, con el corazón atravesado por una espada de dolor, le ha ofrecido y sacrificado por nosotros: *proprio filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum*. (ROM. VIII., 32). Tal es, A. H. M., la parte que ha tenido en la grande obra de nuestra redención. Esto es lo que han reconocido todos los Santos Padres; esto es lo que ha hecho decir á San Ireneo que Eva perdió al género humano, y que María lo salvó: *Ut virginis Evæ virgo María fieret advocata, et quemadmodum astrictum est morti genus humanum per virginem salvaretur per virginem* (Iren. *Contr. hæc.*, I, 5, c. 19, p. 316); á San Agustín, que una mujer nos había dado la muerte, y una mujer nos ha devuelto á la vida: *Per feminam mors, per feminam vita; per Evam interitus, per Mariam salus* (Aug. *De Symb.* tom. VI, col. 571). Tertuliano expresa el mismo pensamiento. (*De carn. Christi*, n. 17) diciendo: que nosotros hemos sido retirados del abismo por el mismo sexo que nos había precipitado en él: *Ut quod, per ejusmodi sexum abierat in perditionem, per eundem sexum redigeretur in salutem*. (Tertul. *De carn. Christi*, id.). ¿Y qué otra cosa dice el mismo Espíritu Santo, cuando anuncia, des-

de el origen del mundo, que una mujer quebrantaré la cabeza de la serpiente, es decir, destruirá todo el poder del infierno? *Ipsa conteret caput tuum?* (Génesis. III, 15). Ahí tenéis los beneficios completamente divinos de esta augusta Virgen, á los cuales no respondemos sinó con la más negra ingratitud! ¿Y no había de constituir una parte de nuestra religion, el hacer brillar nuestro reconocimiento y nuestro amor hacia aquella á quien debemos, en expresion de San Cirilo (1), la religion misma, y el conocimiento del verdadero Dios, y todos los privilegios de la adopcion divina en Jesucristo? Esta última palabra me recuerda que María no es solamente nuestra gran Bienhechora sinó que es también nuestra Madre.

En efecto, M. A. H., la misma adopcion que nos hace hijos de Dios, nos hace también hijos de María. Permitid que desenvuelva en pocas palabras este profundo y tierno misterio; que os muestre á vosotros, que sois grandes, según el mundo, los fundamentos de una grandeza más sólida, de una nobleza más alta que la que proviene de una larga serie de ascendientes y del nacimiento más ilustre. Por un efecto admirable de la Encarnación del Verbo en el seno de una Virgen, el que estaba en la eternidad, el Hijo único del Padre; *Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris* (Joan., I, 18), ha venido á ser en el tiempo el primogénito de una muchedumbre innumerable de hermanos: *Primogenitus in multis fratribus.* (Rom. VIII, 29). Estos dichosos hermanos de un Dios encarnado, somos nosotros los cristianos; El mismo nos ha dado este glorioso nombre: *Vade ad fratres meos.* (Joan. XX, 17). Luego no siendo Jesucristo menos hijo de María en cuanto hombre, que en cuanto Dios hijo del Altísimo, no seríamos hermanos suyos más que á medias si no estuviéramos asociados á esta doble filiación divina y humana; si no tuviéramos, en nuestra cualidad de cristianos, un mismo Padre y una misma Madre con él. Así es que no ha querido dejarnos en esta parte la menor duda; porque así como ántes de subir á los Cielos nos ha dicho en la persona de los primeros discípulos: Yo subo hacia mi Padre que es el vuestro; *ascendo ad Patrem meum et patrem vestrum* (Joan. XX, 17), así también ántes de morir, nos ha dicho en la persona de su discípulo predilecto: Ahí tenéis á vuestra madre, indicando la suya: *Ecce mater tua.* (Joan. XIX, 27). ¡Oh tierna expresion! ¡Y nosotros habíamos de intentar hacerla vana! ¡Y habíamos de desconocer á la Madre que nos da nuestro Salvador al espirar! ¡A esa divina Madre á quien El se glorificó de tener por Reina! ¡A esa Madre tan cariñosa, á esa Madre tan tierna, que no se contenta con adoptarnos por hijos suyos, sinó que en el momento de sus más crueles dolores, en el Calvario, nos da á luz de una manera inefable, por medio de las entrañas de su caridad, en la sangre y la muerte de su Primogénito sacrificado por nosotros! ¡Ah! guardémonos de eso, M. A. H.; si no queremos tener á María por Madre, no podre-

(1) Véase en la primera parte, pág. 19, el texto de San Cirilo, tomado del tomo III, de los Concil., col. 583.

mos ser ni hermanos de Jesucristo, ni por consiguiente hijos de Dios, ni herederos de su reino, y destinados á una vida eterna, puesto que María, ó la nueva Eva, es la única verdadera Madre de todos los que viven eternamente: *Mater cunctorum viventium.* (GEN. III, 20). Pero por otra parte, ¡qué inconsecuencia, qué ultraje, si reconociéndola por nuestra Madre la negamos el respeto y el amor que le son debidos! Afectaríamos con relación á ella una odiosa indiferencia, y permaneceríamos extraños al culto que la piedad filial de los cristianos la concede! ¡Oh, mil veces dichosos los que saben querer á esta Madre de misericordia! ¡Qué consuelo experimentan al invocarla y bendecirla! ¡Qué bellezas tan esplendentes descubren en la contemplación de sus virtudes! Pero, sobre todo, ¡cuán preciosos frutos alcanzan de su intercesion, convertida para ellos en conducto de todas las gracias, y fuente inagotable de beneficios!

MAC-CARTHY.